MÚSICA PARA SERPIENTES

Despiertan temprano y rondan su espacio apresuradas: acarrean agua, ordeñan vacas, lavan la ropa, hacen tortillas, muelen café y salan la carne, además de los quehaceres que reclama la casa.

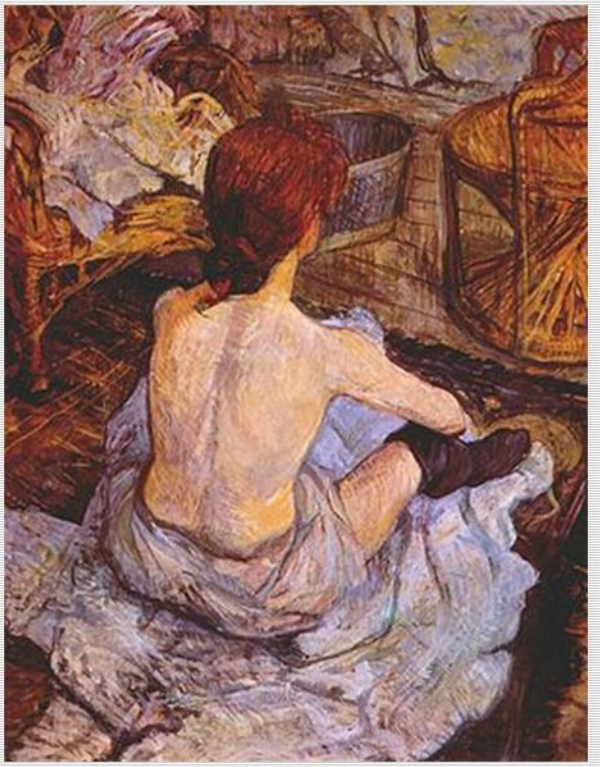
Envidian de los vecinos el ganado y de las mujeres los maridos, pero no desvelan sus anhelos por temor a que a éstos les crezcan alas.

Antes del almuerzo, Silvina tiende la ropa al revés para disimular que le quedó manchada; Sara se inventa negras historias ante el café con el marido de cualquiera; Selene sacude de las camas el polvo de los sueños que no se cumplieron y Sonia barre las ilusiones con el empeño de quien desea librarse de una plaga.

A Sandra, la menor, le duelen los pechos. Ya comienza a abultarse su vientre, aunque los malestares aún no la torturan. Sus hermanas han previsto el dolor, por ello le preparan un té amargo que beberá en ayunas para deshacerse de cualquier esperanza.

Sentadas a la mesa juntan las manos para ser partícipes del sacrilegio que en forma de rezos escapa por los ojos de Sara. En los guisos abunda la sal para malestar de las comensales, nadie reclama que el cerdo era sagrado, el agua calma las llagas de sus lenguas.

Frente a su taza de té Sandra piensa en retener al crío. Quiere escapar de casa. Sus hermanas no se lo perdonarían, pero no le importa. Silvia ha descubierto el té regado entre las plantas. A golpes, como han aprendido todas las cosas, enseñarán a su hermana a atender la costumbre. De pronto la tibia carne sale hecha un nudo entre los torrentes de sangre y las mucosidades vaginales. Sandra se traga los gritos apretando las muelas, el dolor resbala hasta mojar la tierra. Y el sueño de escapar se le transforma en un río que la tierra traga.

Felipe las visita cada mes, lleva la camioneta llena de víveres que intercambia por los trabajos de labor de las mujeres y algo de comida que ellas gustosas le preparan. Sandra le sonrió con ironía, ahora Felipe nota el cambio: la piel caoba de reptil que luce la menor de las mujeres. Luego toca la guitarra para que sus amigas se llenen de recuerdos –casi siempre inventados– que las hacen sonreír.

Ya entrada la tarde, se pierde el ruido del motor y las ilusiones se tornan piedra. Las mujeres refrescan sus amarguras. En el patio, Sssara, Ssselene, Sssilvina y Sssonia hilvanan cizaña y riñas; endulzan su tarde con galletas de hiel y beben en su té la bilis en tanto escuchan la ríspida lengua de su hermana menor que entra por primera vez al cesto y se pone a tejer.